

TOME ASIENTO¹

Texto de **Margit Emesz**²

emeszm@gmail.com

Traductora Natalia Belén Aguirre

Facultad de Lenguas - UNC

natalia.aguirre@mi.unc.edu.ar



LIMINAL

Num. 1, enero - junio de 2024
e-ISSN: 3028-9718



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional.

Escuela Nacional Superior de Arte Dramático "Guillermo Ugarte Chamorro" (ENSAD)

Calle Esperanza 233, Miraflores.
Lima, Perú

revistas@ensad.edu.pe

La vida diaria del mundo occidental está intrínsecamente ligada al uso del asiento. Todos los rituales sociales se apoyan o dependen de este producto básico, donde el posicionamiento, el material y el tamaño juegan roles importantes. El sentarse, a diferencia del acucillarse, no es una posición natural del cuerpo. Sin embargo, es la posición que adoptamos con mayor frecuencia. Esto es porque las sillas contribuyen al estructuramiento básico y al orden de la sociedad. Sujetan al cuerpo y nos mantienen manipulables, enseñables y tratables.

A través de la historia, las políticas han tenido un rol decisivo en el uso del asiento. Desde el comienzo de su existencia hasta la actualidad, la silla ha sido asociada con el poder, el control y el estatus en el sistema social. ¿Cómo se desarrolló este omnipresente símbolo y objeto diario?

Al comienzo, había un trono. La imagen más antigua que existe del asiento es una estatuilla de arcilla de la Edad Media que representa a una diosa de la fertilidad del sur de Anatolia y que data del 575 a. C. La diosa está sentada en una tabla y dos grandes gatos se ubican al lado de ella simulando el apoyabrazos. Las colas de los gatos forman el respaldo y las patas sostienen el asiento. Con el tiempo, la tradicional silla con apoyabrazos evolucionó a un modelo con formas más reducidas. Los primeros en sentarse en este monumento de culto, de presentación, de poder fueron los reyes-sacerdotes de la Edad de Piedra. El uso de este objeto para sentarse (el cual evolucionó de una escultura de una mujer agachada) como símbolo de poder, puede ser subsecuentemente observada en las civilizaciones antiguas, donde el trono se volvió una representación de estatus político. Los egipcios, por ejemplo, tenían una cultura del asiento extremadamente pronunciada, la cual se preserva en sus estatuas de figuras sentadas. Según el estatus del usuario, los tronos con leones egipcios pueden tener apoyabrazos o respaldos con diferentes diseños. La personalidad y el lugar en el orden señorial de la persona que se sentaba estaban reflejados en este mueble para sentarse.

¹ El texto original "Take a Seat" fué publicado en un folleto de papel que se entregaba al público durante la exhibición "Next Time I'm Here, I'll Be There" (La próxima vez que esté aquí, estaré allí) de Hans Schabus, que tuvo lugar entre el 1 de marzo y el 1 de junio de 2008 en la galería de arte The Curve en el Barbican Center, Londres. Este texto se basa en la tesis de la autora "Der disziplinierende Aspekt im Sitzmöbel", de 2006 para la Universidad de Viena.

² Margit Emesz es historiadora del arte afincada en Viena, Austria y actualmente trabaja en el campo de la terapia orientada al cuerpo y los recursos.

La vida diaria del mundo occidental está intrínsecamente ligada al uso del asiento. Todos los rituales sociales se apoyan o dependen de este producto básico, donde el posicionamiento, el material y el tamaño juegan roles importantes. El sentarse, a diferencia del acuclillarse, no es una posición natural del cuerpo. Sin embargo, es la posición que adoptamos con mayor frecuencia. Esto es porque las sillas contribuyen al estructuramiento básico y al orden de la sociedad. Sujetan al cuerpo y nos mantienen manipulables, enseñables y tratables.

A través de la historia, las políticas han tenido un rol decisivo en el uso del asiento. Desde el comienzo de su existencia hasta la actualidad, la silla ha sido asociada con el poder, el control y el estatus en el sistema social. ¿Cómo se desarrolló este omnipresente símbolo y objeto diario?

Al comienzo, había un trono. La imagen más antigua que existe del asiento es una estatuilla de arcilla de la Edad Media que representa a una diosa de la fertilidad del sur de Anatolia y que data del 575 a. C. La diosa está sentada en una tabla y dos grandes gatos se ubican al lado de ella simulando el apoyabrazos. Las colas de los gatos forman el respaldo y las patas sostienen el asiento. Con el tiempo, la tradicional silla con apoyabrazos evolucionó a un modelo con formas más reducidas. Los primeros en sentarse en este monumento de culto, de presentación, de poder fueron los reyes-sacerdotes de la Edad de Piedra. El uso de este objeto para sentarse (el cual evolucionó de una escultura de una mujer agachada) como símbolo de poder, puede ser subsecuentemente observada en las civilizaciones antiguas, donde el trono se volvió una representación de estatus político. Los egipcios, por ejemplo, tenían una cultura del asiento extremadamente pronunciada, la cual se preserva en sus estatuas de figuras sentadas. Según el estatus del usuario, los tronos con leones egipcios pueden tener apoyabrazos o respaldos con diferentes diseños. La personalidad y el lugar en el orden señorial de la persona que se sentaba estaban reflejados en este mueble para sentarse.

La correlación entre la posición jerárquica y el asiento continuó a través de los siglos. El trono real jugó un rol importante en Europa central durante la Edad Media. El rey y el trono entablaban una relación simbiótica. Este “volverse uno con el trono” refleja el doble rol disciplinario. En el más evidente, como símbolo del dirigente que está por encima del resto de la sociedad, el trono asegura la obediencia de los súbditos del rey. Sin embargo, hay otro nivel de control: el rey mismo está disciplinado por el trono. Al sentarse en el trono, está forzado a cambiar su forma de soporte de los pies a las nalgas. Así el trono representa el poder por un lado y la pérdida de libertad personal por el otro. En la Edad Media, esta fusión entre la persona y el objeto llegó a tal punto que los reyes nunca dejaban su trono, ni siquiera para dormir o usar el baño. Con el pasar del tiempo y el desarrollo social, esta imagen del dirigente cambió: Luis XIV mandó a hacer su portarretrato en el 1700 luciendo casual y relajado en una silla con apoyabrazos y un almohadón para los pies. Mientras que, siglos antes, Carlos V (1500-1585) o Federico de Hohenstaufen (1194-1250), por ejemplo, habían sido retratados como si estuvieran encajonados en sus tronos. Sin embargo, el uso del asiento como símbolo de poder continúa.

La religión, como un importante componente en el desarrollo y la distribución del poder dentro de la sociedad, hace uso del asiento para establecer los procedimientos y requisitos sacros. La cultura cristiana (estrechamente relacionada con el poder político en el estado) provee numerosos ejemplos del uso de las sillas con propósitos disciplinarios.

Al igual que con la realeza, Jesucristo, el dirigente espiritual, ocupa el asiento del poder celestial: un trono divino que está estrechamente conectado a la cruz. La cruz es la llave al trono divino, ya que morir en la cruz es la única forma en la que Jesús puede ascender al cielo para sentarse a la derecha de su padre. Se pueden ver otros tipos de tronos en ilustraciones del juicio final o en obras que representan la trinidad. El papa (como mano derecha de Dios en la tierra) atrae a sus audiencias mientras está sentado en el trono papal, el cual puede ser visto como un sustituto del trono divino.

Las jerarquías sociales también se han visto representadas en los asientos dentro de las iglesias desde el comienzo del cristianismo. Los representantes de Dios, en la forma de clero, así como también la familia real y la nobleza, estaban autorizados a sentarse. Los monjes tenían que practicar la disciplina alternando entre la

postura sumisa de arrodillarse y pararse. Por mucho tiempo, la gente común no tenía permitido sentarse durante la misa. No había sillas en los edificios sacros. Los creyentes tenían que estar parados o agachados en un salón vacío mientras que las personas de alto rango tenían taburetes primitivos donde sentarse. El desarrollo de la clase media que tuvo lugar en el siglo XIV, sin embargo, le permitió a la gente común sentarse en la iglesia, siempre siguiendo una estructura jerárquica que se reflejaba en la ubicación dentro del edificio y en el uso de distintos tipos de sillas. La Reforma, en el siglo XVI, hizo que los protestantes de cualquier entorno pudieran sentarse durante la misa y un siglo más tarde los miembros de la iglesia católica pudieron hacer lo mismo. Los diferentes tipos de sillas fueron reemplazados por bancos uniformes que llenaban la nave. Estos asientos estaban diseñados para causar una espiritualidad más profunda (según el fundador de las comunidades monásticas de San Benito de Nursia [480-547]), ya que la comodidad de los asientos aleja la concentración de las tensiones que implica estar parados y la dirige hacia los procesos de la misa. Además, los miembros de la iglesia se volvieron más manipulables, lo que le permitía al cura predicar a una congregación más tranquila. Hasta el comienzo del siglo XIX, el uso de las sillas en la esfera privada era común solo entre los ricos. Previo a esto, se usaban taburetes primitivos o cajas como asientos en las salas de estar simples. Con el avance de la emancipación social y una nueva clase media empoderada, se desarrolló una percepción sobre los muebles. Los materiales y los diseños de los muebles se volvieron asuntos de selección personal y los encargos privados aumentaron. El asiento continuó desarrollándose hasta volverse un instrumento que expresa la prominencia y el estatus del dueño.

En la sociedad occidental capitalista, los muebles de diseño se han vuelto un nuevo símbolo de estatus, donde los asuntos de diseño superan a los de función. En algunos contextos sociales, sin embargo, el mueble se diseña según su uso. La famosa silla Thonet No. 14 de 1859, por ejemplo, fue diseñada para una cafetería vienesa. Está diseñada para no ser tan cómoda, lo que garantiza una mayor rotación de clientes. Además, la madera es liviana para que los usuarios la puedan mover fácilmente, lo que les permite cambiarla rápidamente de posición y en función comunicativa con relación a los otros invitados. Esta fue la primera silla producida en masa en el mundo y sigue en uso actualmente.

La producción comercial de muebles y su disponibilidad para las masas llegó a su punto máximo durante la primera mitad del siglo XX. Los diseñadores ingleses William Morris y John Ruskin, que habían mantenido la tradición de hacer muebles a mano, fundaron la *Arts & Crafts Exhibition Society* (Sociedad de Exhibición de Artes y Oficios) en honor al reconocido fabricante de muebles británico del siglo XVIII Thomas Chippendale. Los muebles diseñados de manera elaborada para apoyar al gremio de artesanos evolucionaron a un bien de lujo. Por el contrario, las sillas de plástico hechas durante los 50 y 60 causaron una nueva sociedad de consumo orientada al producto. Los muebles se convirtieron en productos de corta duración y simbolizaban una sociedad segura de sí misma y de sus modas temporales. Con el tiempo, la conciencia ambiental ralentizó la carrera hacia productos producidos de forma barata (el desarrollo sociopolítico de la sociedad se reflejó en el uso de productos más sustentables).

Al igual que en los palacios reales, las jerarquías continúan influyendo en el uso de los distintos tipos de sillas. Los lugares de trabajo están equipados en su mayoría con sillas funcionales (un gran porcentaje de personas pasan casi el día entero sentados). Las relaciones de poder en el lugar de trabajo se reflejan en los muebles de oficina: está la silla del jefe, la silla del visitante y la silla del empleado, cada una con diferentes diseños, materiales y calidad. Mientras que la silla del jefe está con frecuencia diseñada con muchos detalles y es más grande que las simples sillas giratorias de los empleados, las sillas para los visitantes son simples y más bien incómodas. Para asegurar la atención y la eficacia durante las reuniones, las sillas en las salas de conferencias están diseñadas para incentivar una posición derecha. Así, la silla de oficina representa la vocación respectiva de cada miembro del equipo o se convierte en un instrumento para sus acciones.

La forma en la que el asiento puede actuar como representante de una persona se lleva a un punto absurdo en la obra de Eugéne Ionesco, *Las sillas* (1952). Una solitaria pareja de ancianos llega a un estado obsesivo cuando se imaginan acomodando a numerosos invitados en su humilde morada. Eligiendo una silla para cada uno

de sus invitados imaginarios, se vuelven incapaces de soportar la presión mental y espacial ejercida por la ubicación de las sillas en la habitación y finalmente se tiran por la ventana. Por un lado, las sillas simbolizan a las personas ubicadas en ellas, y por el otro, la acumulación de los asientos vacíos representa la ausencia e inmovilidad.

Además de su uso sociopolítico, la silla también puede ser empleada como un instrumento disciplinario directo. En la Edad Media, las sillas de tortura eran un componente fijo del sistema penal, mientras que la silla eléctrica continúa siendo una máquina mortal en la actualidad. La silla de tortura o coerción logra sus objetivos disciplinarios estabilizando al cuerpo: el cautivo queda en una posición indefensa. En su libro *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión* (1975), Michel Foucault observa que la ejecución y la tortura actúan como un espectáculo, un ejercicio en el juego de roles, como lo hacía en tiempos pasados, cuando el ejecutor jugaba un importante rol teatral, así como también un rol disciplinario. La actuación demostrativa del castigo está diseñada para tener un efecto educativo y controlador en los espectadores. El espectáculo de ejecución actúa, a través del terror excitante, el miedo, la lujuria y el disgusto, como una lección moral y al mismo tiempo como una expresión de poder llevada a cabo por la persona superior sentada en el trono.

El comportamiento de los espectadores, si están sentados, está regulado por la posición fija de sus sillas. En los teatros, se nos asigna un número de asiento para mantenernos en nuestro lugar y nuestra proximidad con los otros nos obliga a mantener la expresión de nuestras emociones bajo control, como saltar o salir corriendo. Podés dejar tu asiento en el cine en cualquier momento, siempre y cuando estés listo para tolerar las protestas de las personas cerca, ya que la actividad continua durante la película está fuera de las convenciones sociales. Por otro lado, una audiencia sentada mantiene una cierta posición de poder. Alguien que va al cine se sienta en una silla como un observador pasivo de la escena. Mirando las acciones actuadas en la película desde una distancia segura, pueden ganar supremacía sobre la ficción.

Completamente opuesto a esta inmovilización es lo que tiene lugar durante un concierto de rock o un evento deportivo, donde lo normal es expresar la influencia inmediata del espectáculo a través de nuestros cuerpos. Esta falta de control muchas veces termina en accidentes, como la tragedia en el estadio Hillsborough en Sheffield durante un partido entre el Liverpool y el Nottingham Forest en 1989, cuando el público comenzó a empujar para llegar al área de la gente parada y muchas personas resultaron aplastadas. Por el accidente, las áreas de gente parada en los partidos de fútbol fueron prohibidas y los estadios fueron reconstruidos a nivel mundial solo con áreas para sentarse.

El control también es un factor importante en la educación, donde las sillas se usan como una herramienta de disciplina y monitoreo. De manera similar, en el lugar de trabajo se les provee de sillas a los empleados para que estén totalmente concentrados en su trabajo. Así sus superiores los pueden controlar y monitorear. En las ciudades grandes, los bancos originales de dos metros de largo que solían encontrarse en las calles y en los parques fueron reemplazados por asientos más pequeños divididos por respaldos intermediarios. Con este diseño, la sociedad intenta evitar el sentido de subordinación generado por los indigentes que duermen en estos bancos. En los hospitales o consultorios, la silla de examinación tiene un efecto disciplinario en el cuerpo. Un médico, un dentista o un ginecólogo que hace controles íntimos necesitan esta herramienta para poner al cuerpo en una posición pasiva e inmóvil. La silla de examinación envuelve al paciente, le provee cierta sensación de seguridad y facilita el acceso. Para muchas personas, esta situación es problemática, ya que los deja a la merced del examinador. Por eso, para crear una situación en que una persona tenga poder sobre otra (ya sea con propósitos educativos, cívicos o terapéuticos o en otras numerosas situaciones de la vida diaria) el instrumento llamado la “silla” es irremplazable.

A través de los siglos, las funciones sociológicas de poder y control conectadas con el sentarse se han manifestado en nuestro lenguaje. En alemán, hay muchas expresiones relacionadas a la palabra sentarse, que tienen que ver con tener control o poder. En inglés, la palabra *chair* (silla) se puede usar para describir al presidente de una asociación, como un término que se refiere a la presidencia en sí misma o como un verbo que denota

esta actividad. Las palabras posesión y obsesión derivan del latín *possideo* (poseer, ocupar) y *obsideo* (rodear, ocupar). Nuevamente, sentarse (en latín *sedeo*) se incorpora dentro de una terminología relacionada con el dominio o control.

La aceleración de nuestra sociedad, su motorización y el rápido ritmo de vida, solo fue posible por el uso de las sillas. Los vehículos del transporte público están equipados con asientos para asegurar un viaje exento de problemas, para controlar y administrar grandes masas de gente y para evitar la amenaza de caos y peligrosidad. En los aviones, a los individuos se los iguala por razones de seguridad. Al sentarse, el pasajero entrega su libertad de movimiento y su autonomía personal y tiene que tolerar estas circunstancias opresivas durante el vuelo. Solo esta desindividualización y sumisión temporal al paternalismo garantizan el curso regular de los eventos. Para demostrar riqueza y poder, estas medidas de control tienen graduaciones. La sección de primera clase en un avión o un tren está equipada con asientos amplios que garantizan una comodidad mejorada y la separación de la clase económica. Entronados, los pasajeros de primera clase, se mueven en su ambiente con una aparente superioridad, aunque aún en posición sentada y agachada.

Sentarse en una silla es una posición totalmente inapropiada para la fisionomía humana. La silla atrapa al que se sienta, haciéndolo vegetativo, ralentizando los procesos y funciones corporales. Restringe a los músculos esqueléticos y a los pulmones. Los músculos de las piernas están relajados en comparación con los de las nalgas, que se vuelven crónicamente tensos, mientras que los músculos de la espalda se debilitan, distorsionando las dinámicas naturales del cuerpo. La pelvis deja de ejercer estabilidad en las articulaciones de la cadera, la espina corporal pierde su elasticidad y la cabeza está mal posicionada, equilibrada en hombros encorvados. Este daño masivo a la postura causada por el sentarse puede contribuir a dolores comunes como el dolor de cabeza o espalda. Adoptar una posición tan poco saludable parece paradójico y sin embargo se ha vuelto el sello de la civilización occidental y una parte indispensable y permanente de la vida diaria.

Mientras que en Asia se practica el sentarse sin ayuda (arrodillarse o acucillarse), especialmente en los ámbitos tradicionales, los occidentales están forzados a sentarse en sillas desde la infancia o cuando realizan cualquier tipo de trabajo intelectual. Esto es aún más sorprendente si se tiene en cuenta que las pruebas científicas demuestran que la parte de aprendizaje del cerebro trabaja mejor durante el movimiento físico. El niño pequeño entiende y explora su ambiente mientras gatea, camina o corre. La influencia de las instituciones convencionales, sin embargo, requieren una posición sentada, porque la masa de individuos tiene que estar controlada para ser instruida. En el siglo XV, cuando las clases en las escuelas las conformaban estudiantes de diferentes edades, era necesario encontrar una manera efectiva de organizarlos. Para prevenir las revueltas anarquistas, la jerarquía estricta entre los estudiantes y maestros no solo estaba garantizada por la varilla y el garrote, sino también por el mueble que encerraba a los cuerpos. En algunos casos, los aparatos disciplinarios como los “enderezadores” (una especie de cinto que estaba pegado al respaldo de la silla) eran usados para mantener al estudiante alerta y comprometido. Estas medidas brutales se volvieron algo del pasado y, aunque la organización espacial alrededor del escritorio de los maestros todavía está muy extendida, se han desarrollado nuevas alternativas para sentarse durante clases. Bajo el término “sentarse dinámicamente”, se están adoptando muebles de oficina y de escuela que tienen un efecto positivo en el movimiento del cuerpo. Desde ajustables, respaldos reclinables para sillas que cambian el peso a la rodilla y el uso de pelotas para sentarse, se ha hecho un intento para asegurar un sentarse más saludable. Pero el movimiento incontrolado de los estudiantes hace que la enseñanza sea más difícil. Como plantea Foucault, el cuerpo tiene que estar directamente accesible a la supervisión y la corrección en instituciones como las aulas. Así las sillas se vuelven instrumento que garantiza la obediencia de los cuerpos. Las condiciones ideales para realizar el trabajo intelectual se rechazan a favor de la disciplina.

Una silla que está ubicada en una habitación vacía cambia el valor de esa habitación. Las personas que entran a la habitación reaccionan a la silla, que los observa desde una posición fija y los invita a sentarse. Si se sientan o no dependerá de su posición social. ¿La persona que se sienta en una habitación llena de personas paradas automáticamente toma una posición de poder? ¿Qué pasa cuando entramos a una habitación llena de perso-

nas sentadas? ¿Nos sentimos fuera de lugar y subordinados cuando no nos podemos sentar en este sistema? Sin saberlo, jugamos al juego de la silla todos los días. Rodeamos las sillas disponibles, intentando ocuparlas antes que alguien más lo haga, reacios a tener que mantener nuestro peso cambiándolo de una pierna a la otra.

Las sillas cumplen un rol crucial en nuestra civilización. La posición sentada está tan estrechamente relacionada a nuestras vidas diarias que nos enfrentamos a sentarnos en cada situación en la que nos encontremos. Nos conectamos física y psicológicamente con las sillas que elegimos y no solo nos proveen de comodidad y nos ayudan a lidiar con nuestra rutina diaria, sino que nos ubican dentro de una jerarquía disciplinada de la vida humana. Las sillas nos posicionan en un marco fijo, circunscriben las distancias y generan pautas de encuentro, reuniendo a las personas, creando intimidad en los grupos e influyendo nuestras acciones, sensaciones y comportamiento.